
La ciencia compartida en español

José Antonio Sacristán

¿Tenemos hoy razones para sentirnos satisfechos con la salud de la lengua española? La respuesta es, simple y llanamente, no. Adoptar una actitud autocomplaciente ante la actual pujanza del español sería una enorme irresponsabilidad, pues tras su aparente vigor, se esconde una grave amenaza. Sin duda, resulta estimulante comprobar que más de 577 millones de personas hablan español en el mundo, siendo la segunda lengua de comunicación internacional, por detrás del inglés; la segunda lengua materna del mundo, por detrás del chino mandarín o la tercera lengua en la red. Es aún más satisfactorio vislumbrar las enormes oportunidades de crecimiento del español, unas oportunidades que vienen determinadas por la expansión del número de estudiantes (más de 21 millones en 2018) que eligen nuestro idioma como segunda lengua; por el enorme crecimiento de su uso en la red y por tratarse de la única de las grandes lenguas internacionales que, siendo multiétnica y multinacional, ha logrado man-

tener su unidad dentro de la diversidad, con un mismo código gramatical, léxico y ortográfico. Pero tras recrearnos con unos datos tan alentadores, debemos preguntarnos cuál es el futuro de una lengua que vive de espaldas a la ciencia. Ese es precisamente el gran problema de la lengua española. Hoy, más que nunca, en la sociedad del conocimiento, el futuro viene determinado por los avances científicos y tecnológicos. Una lengua sin ciencia es una lengua incompleta, y una cultura sin lenguaje científico es una cultura sin futuro.

La importancia de las lenguas está estrechamente relacionada con el progreso y la riqueza de las naciones, y ésta, a su vez, con su poderío científico. Tras la Segunda Guerra Mundial, el inglés se convirtió en la lengua de la comunicación científica, al igual que en el pasado lo fueron el latín, el francés y el alemán. Como en tantas ocasiones se ha repetido, el enemigo de la ciencia en español no es la ciencia en inglés, sino la pobreza de la ciencia en español. Por ejemplo, la actual inversión en I+D de España es del 1,2 por ciento del PIB, algo más de la mitad del 2,07 por ciento de la media europea, y muy lejos de los objetivos estratégicos planteados por nuestros gobernantes en los últimos veinte años. Pero, probablemente, la falta de inversión en ciencia es tan sólo un síntoma del verdadero problema: el poco interés por la ciencia de los países hispanohablantes, nuestra falta de cultura científica, lo que quizás explica también que, salvo contadas excepciones, la relevancia de nuestras aportaciones científicas y tecnológicas haya sido escasa. Curiosamente, a pesar del problema de la infrafinanciación, la ciencia española se sitúa alrededor del décimo lugar en términos de producción científica, aunque menos del uno por ciento de las publicaciones científicas incluidas en la Web of Science de Clarivate Analytics están escritas en español.

Pero el hecho de que nuestra cultura haya ignorado la ciencia no implica que nuestra lengua deba ignorarla también. Es razona-

ble que nuestros mejores científicos publiquen en inglés sus contribuciones más valiosas. Pero eso no significa que la lengua española no deba ocupar un lugar predominante en la comunicación del conocimiento científico. El lenguaje es el cimiento sobre el que se construye la cultura. Si nuestro idioma no es capaz de integrar de forma eficaz todos los conceptos y conocimientos derivados de la explosión científica y tecnológica que vivimos, será muy difícil que podamos mejorar nuestra cultura científica. Una lengua fuerte, como el español, no puede permitirse el lujo de quedar convertida en lengua de lo cotidiano, pensando que el lenguaje científico es sólo para los científicos. La ciencia es hoy parte de lo cotidiano y la ausencia de un lenguaje científico supondrá una mutilación cultural que nos impedirá afrontar con éxito el futuro.

La Fundación Lilly mantiene como líneas de actuación prioritarias el desarrollo de la ciencia en España y el fomento del uso del español como lengua de transmisión del conocimiento científico, con énfasis especial en el lenguaje médico. Anualmente, desde hace más de tres lustros, la Fundación organiza, en el marco de los Cursos de Verano de El Escorial, una jornada orientada a fomentar la reflexión y el debate sobre la comunicación médica en español. Y, de forma ocasional, ha organizado reuniones sobre el español y la ciencia. Afortunadamente, son muchas las instituciones y organismos que comparten con nosotros este objetivo. Resulta difícil olvidar el Encuentro titulado «El español, lengua internacional y del conocimiento», que se celebró en 2013, en los Cursos de Verano de la UIMP, y que contó con representación, al máximo nivel, de la Real Academia Española; de las Reales Academias de Ciencias Exactas Físicas y Naturales; Medicina; Farmacia; Ingeniería y de Ciencias Morales y Políticas; así como de la Asociación de Academias de la Lengua Española, la Academia Mexicana de la Lengua y la Academia Norteamericana de la Lengua Española, además de varias universidades e instituciones pú-

blicas y privadas. Durante dicho encuentro, las mencionadas instituciones firmaron la «Declaración de apoyo al español como lengua internacional del conocimiento». Asimismo, a principios de este año 2019, se celebró la Jornada «La lengua española y las ciencias. Diálogos hispano-mexicanos», organizada conjuntamente por el CSIC, la Fundación Ramón Areces, la Asociación Española de Comunicación Científica (AECC), la Universidad Nacional Autónoma de México y la propia Fundación Lilly.

Con este número especial de *Revista de Occidente*, titulado «La ciencia compartida en español», la Fundación Lilly pretende seguir profundizando en un tema de enorme trascendencia. De la mano de expertos en la materia, el presente volumen recoge diferentes perspectivas sobre los retos a los que se enfrenta la comunicación científica en español. Muchos de los retos son conocidos, al igual que gran parte de las soluciones. El español científico es un lenguaje traducido y, por ello, es preciso mejorar la calidad de las traducciones, normalizar los tecnicismos y crear diccionarios terminológicos sectoriales que permitan incorporar rápidamente la entrada masiva de neologismos y tecnicismos procedentes de la avalancha de descubrimientos científicos. Es necesario también estimular las publicaciones científicas en español, mejorando su calidad y su visibilidad. Tenemos muchas revistas y la mayoría son de baja calidad. Hay que fomentar la publicación bilingüe, la traducción al inglés de los títulos, resúmenes y palabras clave de los artículos en español, citar los artículos publicados en español cuando se trata de trabajos relevantes, proponer nuevos indicadores que midan el impacto de la publicación en función de la utilidad para el colectivo al que va dirigida e integrar dichos indicadores en las valoraciones curriculares universitarias, y aprovechar las oportunidades de Internet, facilitando el acceso abierto y dando mayor visibilidad a las mejores revistas científicas a través de repositorios institucionales. Esos fueron, precisamente, los ob-

jetivos de la Fundación Lilly cuando impulsó la base de datos MEDES.COM, un repositorio de las mejores revistas médicas publicadas en español. El crecimiento exponencial del uso de esta base de datos es un signo evidente de la necesidad de que las políticas de publicación y los esfuerzos editoriales aboguen por la calidad frente a la cantidad. En ese sentido, es destacable la reciente puesta en marcha, por parte del CSIC, de la Plataforma Tecnológica Interdisciplinar ES-CIENCIA, cuyos objetivos son aumentar la visibilidad y la calidad de la ciencia y la edición en español.

Afortunadamente, cada vez hay más conciencia de lo que nos jugamos si no llevamos a la práctica todas estas propuestas. No hay razones para pensar que la lengua española sea poco apta para expresar la ciencia, pero para ser idioma de la ciencia es necesario mirar sin complejos a la sociedad del conocimiento e integrarla. No podemos conformarnos con tener una lengua que sólo sirve para expresar lo que ya se conoce. La lengua, como la ciencia, sirve para conocer el mundo que nos rodea y los avances que llegan cada día. Ver el mundo a través de nuestra propia lengua nos ayudará a entenderlo y transformarlo. Sin claridad y precisión en el lenguaje no es posible hacer ciencia, porque esas son también las dos características fundamentales de la ciencia. Por ello, una lengua que sea incapaz de expresar correctamente los conceptos y las ideas fruto del avance científico, un idioma que no pueda nombrar los nuevos conceptos, será un idioma que renuncie al futuro. Estamos a tiempo de evitarlo.

J. A. S.